



15 Setiembre 1914

Año IV.—Núm. 82

SUMARIO

Hecho escandaloso.—La garza.—Las pampas de Mojos, por *Ciro Bayo*.—Gracias á la zarza, por *Un pollo igualón*.—Junto á la hoguera: Sara, por *Ricardo Ortiz de Zugasti*.—La anguila.—Viaje suspendido: Compañero enfermo.—Guardería ilegal, por *A. M. B.*—Los exploradores y la guerra.—La marta.—De pesca.—Tiro de pichón.—De aviación: El globo «Sirio».—Paloma mensajera.—Servicios de la Guardia civil.—Sigán adelante.—Servicios de los guardas de nuestra Delegación en Cartagena.—Noticias.—Sentencias dictadas por el Tribunal Supremo de Justicia en materia de Caza.

(No se devuelven los originales.)

HECHO ESCANDALOSO

Cap. VI: De cómo se burla la ley de Caza al amparo de su Reglamento.—De cómo los del *favor* y los del *interés* hacen mangas y capirotes.—De cómo funcionaría una Sociedad de Cazadores furtivos, con otras cosas que asombrarán al lector en demasía.

Art. 11. Todo terreno comprendido en el art. 9.º, podrá ser declarado *vedado de caza*, previa comunicación al Gobernador de la provincia, acompañada de documentos justificativos. A la entrega de la comunicación se expedirá recibo resolviéndose el expediente en el término de treinta días, pasados los cuales servirá como justificante de la declaración favorable.

Esto que á servirte voy, lector amigo, no es un capítulo del *Ingenioso Hidalgo* de la obra inmortal de aquel genio que se llamó Miguel Cervantes Saavedra; es algo que sin ser *hidalgo* es *ingenioso*.

Dicen que se dice, sin que podamos asegurarlo, pues sólo lo recogemos como rumor, que dos expresidentes de una ampulosa Sociedad provinciana, uno de ellos alcalde de la capital, un funcionario judicial que es secretario de dicha Asociación y otros asociados, entre los que figura un alcalde rural, arren-

daron por cuatro años y por un millar de pesetas, un monte de propiedad particular.

Próximo al término del contrato se enemistaron con el dueño, y en 30 de Mayo solicitaron la declaración de «vedado» para aprovecharse de la caza desde 1.º de Julio hasta 31 de Agosto en que terminaba el arrendamiento.

La finca pertenece parte á la capital de la provincia y parte á un término rural, y como los alcaldes respectivos de los términos en que radica son dos de los socios á que antes hicimos referencia, se dió el caso extraño de que aquella solicitud no pasó á la Dirección del Servicio agronómico de la provincia hasta el 15 de Julio, cuando los arrendatarios estaban cansados de cazar y sacar conejos en virtud del transcurso de más de treinta días desde que lo solicitaron á los alcaldes.

Enterado el dueño de toda esta tramitación, acudió inmediatamente en instancia al Gobernador civil y á la Dirección agronómica y formuló su oposición á la declaración de tal «vedado».

Hasta el 7 de Agosto no se comunicó oficialmente á los arrendatarios la denegación de su solicitud, y el día 18 se publicó la circular del Gobernador haciendo saber, á los efectos oportunos, la denegación á instancia del dueño del terreno.

Los arrendatarios formularon alzada ante el Ministro de Fomento, seguramente á sabiendas de que serían denegadas sus pretensiones; pero en estos trámites y diligencias llegaría el 31 de Agosto y con ello el término del contrato.

De este modo podían cazar impunemente desde 1.º de Julio á 31 de Agosto, y hay quien asegura que con escopeta, en ojeo, con nueve hurones y cavando *bardos*, llevaban cazados hasta la noche del 26 de Agosto cerca de *dos mil* conejos, que entraron y se vendieron en la población.

En resumen, aquellos señores se propusieron cazar y cazaron al amparo de aquel precepto reglamentario que sirve de cabeza á estas líneas, y que fué torcidamente interpretado y hasta infringido; que su sana intención era dejar al dueño sin caza, y que se está en el caso de abrir una amplia información para depurar los hechos y exigir las correspondientes responsabilidades.

¿Y todo esto á ciencia, paciencia, y apadrinado por aquella Asociación de Cazadores? No podemos creerlo; no es posible que una Sociedad que debe velar por el estricto cumplimiento de la ley, tolere sin protesta tales actos.

No podemos pensar en tamaña enormidad aunque se nos citen nombres y lugares como jamás creímos, en que un expresidente de una Sociedad que ya no debe existir, tuviese matriculado y registrado un hurón en el Gobierno civil; que se cazase y vendiese caza en todo tiempo; que en período de veda, en pleno mes de Agosto, una autoridad local pasase un manojo de perdices ocultas en su coche, y otras cuantas infracciones legales de tal naturaleza, que se resisten á todo criterio de ciudadano honrado; porque una Sociedad constituida por individuos que realizasen hechos de esa índole, sería una Sociedad de cazadores furtivos y por consiguiente ilegal, y no existe en toda España una sola agrupación de cazadores que merezca ese calificativo.

Todo cuanto decimos es una hipótesis, una suposición algo fantástica que viene á demostrar la necesidad imperiosa de la federación de todas las Sociedades de cazadores, pescadores y agricultores, para evitar que se infrinjan las leyes, y que en día no lejano puedan formarse sociedades como la que fabricó nuestra fantasía, aprovechándose del abandono en que se encuentra nuestra afición cinegética.

Tal vez se nos diga que es un exceso de

precaución; pero en este sentido más vale pecar de exagerados: ¡á tantas cosas nos puede conducir nuestra apatía!



LA GARZA

Es ave del orden de las zancudas, de la familia de las *ardeidas*, subfamilia de las *ardeinas*.

Las garzas se distinguen por tener el cuerpo esbelto; cuello largo y grueso, cubierto de plumas en todas sus caras y extensión; pico vigoroso, más largo que la cabeza.

Las especies más principales son: La *garza real de cabeza negra*, que es propia de África; algunos individuos errantes se han presentado también, según se dice, en Europa, en el Sur de Francia, y la *garza real Goliath*, que es originaria del Centro y Sur de África.

La *garza real cenicienta*, llamada también *pescadora*, tiene la frente y la parte superior de la cabeza de color blanco; el cuello blanquizo, el lomo de un gris ceniciento rayado de blanco, debido á las largas plumas de esta región; los costados, una línea que va del ojo al occipucio, tres largas plumas que forman el moño, una triple serie de manchas en la parte anterior del cuello, y las rémiges primarias son de un tinte negro, las secundarias y las vectrices de color gris.

El ojo es amarillo dorado; las partes desnudas de la cara, de un amarillo verde; el pico, amarillo de paja y los tarsos de un negro parduzco.

Mide de 1 á 1,06 metros de largo por 1,70 á 1,80 metros de punta á punta de las alas, la cola 0,19 metros y el ala 0,47 metros.

Los pequeños tienen el plumaje más gris y carecen de moño.

Esta ave se extiende por toda la superficie de la Tierra; es emigrante en el Norte y errante en el Sur. Marcha del Centro de Europa en Setiembre ú Octubre, y atraviesa el país viajando lentamente á lo largo de los grandes ríos; en el segundo de dichos meses aparece en todos los países del Mediodía de Europa; de allí pasa á África y regresa en Marzo ó Abril.

Viaja por bandadas compuestas á veces de cincuenta individuos; sólo camina de día; vuela lentamente, pero á gran altura, trazando una línea espiral inclinada. Cuando soplan fuertes vientos no puede viajar, y entonces elige las noches de luna para efectuarlo.

Vive junto al agua, lo mismo en las orillas del mar que en las de los arroyos y en las montañas; lo que necesita es que la orilla sea poco profunda.

Cuando se halla en su residencia de invierno, se fija en las orillas del mar, en los ribazos de los lagos ó de los ríos, cerca de los cuales haya bosques, ó por lo menos altos árboles, en los que le gusta posarse.

Es tímida y recelosa.

La *garza real purpúrea*, llamada así por los tonos de color de su plumaje, es más pequeña que la especie anterior.

Es muy perseguida por los cazadores, y sin embargo, vuelve siempre á los mismos parajes al retorno de sus emigraciones.

Las garzas viejas llegan por el mes de Abril, reparan sus nidos, ponen y cubren casi en seguida.

La dimensión del nido varía entre 0,60 metros y 1 metro; es plano, construido toscamente con ramas secas, cañas, hojas y paja; la excavación está cubierta de palos, seda, lana y plumas; los huevos, en número de tres ó cuatro, son de color verdoso, de cáscara gruesa.

Los polluelos nacen á las tres semanas de incubación, y ofrecen un aspecto hediondo y comen vorazmente.

Permanecen en el nido más de cuatro semanas y no le abandonan hasta que pueden volar bien. Por lo general están de pie, pero se echan al grito de aviso de sus padres. Estos les enseñan por espacio de algunos días y los abandonan luego, separándose jóvenes y viejos, y el nidal queda desierto.

Vive solitaria, es melancólica y espantadiza, y se alimenta de reptiles, insectos y peces.



Las pampas de Mojos⁽¹⁾

Tras esta descripción general del país, vamos á salir de Trinidad, de vuelta á Santa Cruz de la Sierra, escoltando unas carretas de guaraná, á través de los llanos de Mojos. Estos son inconmensurables: abarcan ellos solos 13.750 leguas cuadradas de superficie, casi la cuarta parte de la Península Ibérica, y se ex-

tienden desde las orillas del Itenes, al Norte, hasta los bosques de Chiquitos, al Sur. Á trechos se presentan vastas llanuras pobladas de pajonales y hierbas, sin un árbol, sin el menor relieve en la superficie. En esto se parecen á la pampa platense, y mejor aún, á los llanos del Orinoco.

Estas planicies corresponden á depresiones de terrenos. Se inundan con las crecientes de los ríos y próximas lagunas, quedando convertidas por mucho tiempo en barrizales y lugares pantanosos de difícil tránsito, por lo que en el país los llaman «bajíos». Á orillas de estos lagos adventicios de agua ó de verdura, según la estación en que se los vea, y á pequeñas altitudes sobre el nivel de los campos, están los montes de tupida vegetación, algunos de una y más leguas de contorno, con todas las proporciones de una selva; otros, reducidos á una piña de árboles, á un altozano, que por quedar libre de las inundaciones llaman *isla*.

En estos altozanos ó terraplenes se erigen las estancias. En no pocos de ellos se descubren vestigios de sepulturas ó huacas quichuas, correspondientes á las colonias militares fundadas por los incas del Perú desde la famosa expedición á que hice referencia al hablar del Bení.

Aludiendo á la estación de las aguas (Octubre, Noviembre y Diciembre) y á la consiguiente inundación, se dice en Mojos que de los doce meses del año llueve trece. El nivel de las aguas sube hasta el punto de convertir el país en un mar, pudiéndose navegar por los ríos con el mismo número de remeros lo mismo aguas arriba que aguas abajo. Los pueblos se convierten en pequeñas Venecias, y los habitantes, ó se quedan en casa, ó han de andar en canoas. Entonces es cuando los chacareros vienen en chalupa á oír misa, navegan á campo traviesa y amarran la embarcación al poste de la casa donde semanas antes ataban el caballo.

Otro medio de viajar en esa época es en carreta tirada por bueyes, resguardándose de la humedad á favor del cuero en que uno va «empelotado» entre los adrales; así que cuando acontece que bueyes y armatoste nadan en el agua, el viajero ó conductor va á flote en el pellejo ó pelota.

En la estación lluviosa, hombres y animales se convierten en anfibios. Las casas de campo son habitaciones lacustres de troncos de palma con *barbacoas* ó *chapapas* de cañas á una altura conveniente, á las que se sube

(1) De *El peregrino en Indias*.

por una escalera portátil. La vida en estas moradas es insoportable, á menos de pertrecharse uno de víveres, de quinina, de mosquitero y de paciencia.

Los ganados vacuno y caballar viven en esta época desparramados, buscándose la vida á chapotazos en los campos, royendo las hojas y cortezas de los árboles, y cuando bajan las aguas, comiendo las puntas de las hierbas que sobrenadan y escarbando las que están pegadas al suelo. De noche el ganado se refugia en las islas, á donde acuden también los jaguares para echar la zarpa á novillos y terneras. El hambre hace tan osado á este felino, que en pleno día asalta la plaza de los pueblos y arrebató alguna *mamona* que allí pasta á la vera de las casas.

En atrevimiento y voracidad compite con el tigre el asqueroso caimán, sobre todo en tiempo y lugar que vigila su nidada. Entonces acomete con saña al jinete que por allí pasa, mutilándole el pie ó amputándosele de una dentellada; horroroso asalto que un estanciero me contó haber sucedido á uno de sus peones. El furioso saurio le había mordido en el talón, cortándosele casi á cercén, é imprimiendo en la herida una sección de grumos y jirones de carne, cual si fuera hecha con un serrucho. Este caso no es único. Sé de otro criado que durmiendo en la hamaca, al pie de la casa, el caimán le agarró de una pierna que colgaba y se la mutiló horriblemente.

Esta es ocasión de dar á conocer la admirable sangre fría con que los mojeños cazan el caimán.

Varios son los medios que la imaginación les ha sugerido para esta que pudiéramos llamar su fiesta cinegética; pero los más en boga son por la *trampa* y á *lazo*.

En ambos casos, el *anima vilis* es el perro, animal sobre el que el caimán se lanza á ciegas, como el toro á un trapo colorado. Por el sistema de la trampa se hace una valla de estacas bien apretadas á inmediaciones de alguna caimanera en río ó pantano, atando el perro á uno de los palos. Á los aullidos del can sobreviene el lagarto, á cuyo tiempo el cazador, encaramado convenientemente, deja caer verticalmente una trampa, que encerrando al monstruo en una división del cerco, permite rematarlo á golpes de estaca.

La caza por el lazo es mucho más interesante. Cerca también del río ó laguna se hincó una percha larga y gruesa, á manera de palo de cucaña. Al pie de ella átese al perro,

y no bien se acerca el caimán, el cazador, desde arriba, lo enlaza hábilmente, atando el otro cabo de la soga á un árbol para no ser vencido por los tirones de la fiera. Acuden en seguida los demás cazadores á rematar el saurio, que brama y se defiende con furiosos coletazos y abriendo tamañas fauces, hasta que herido en un ojo se vuelve panza arriba y muere.

Otros indios acostumbran enlazarlos sin tanto argumento; bátales cubrirse de hierbas y arbustos, avanzar hasta el pantano sin que lo note el bicho, y enlazarlo así que le tienen á tiro. Caza tan atrevida parece que la acometen las canichanas de San Pedro, llamados «come caimanes» por los demás mojeños, porque se alimentaban antes de esta carne.

No menos audaces son los indios de Mojos con las reses bravías procedentes de las vacadas importadas al país por los Padres jesuitas. El ganado vacuno es lo único que ha prosperado en la provincia, por igual causa que en otros distritos de América; por haberse alzado y reproducido en libertad. Las inundaciones, la falta de alambrados ó cercos en los campos y la escasa vigilancia del ganado, todo esto ha contribuido á que éste se haya vuelto montaraz y cimarrón.

Hay estancieros, sin embargo, que mañana y tarde *vaquean*, así para que el ganado se acostumbre á la presencia del vaquero y tome querencia al puesto, como para ver si algún accidente mermó la hacienda. Pero no todos pueden vaquear, y menos hacer el *rodeo* ó junta de ganado en la estancia para acorralar vacas y amansar novillos; y no lo pueden hacer por la falta de caballos, originada por el muermo y la epizootia, sin que haya veterinario que ataje la peste. Lo que no es de extrañar, porque singular privilegio sería esto de que los animales de Mojos tuviesen quien los curara, cuando las personas se mueren sin asistencia.

Abundan, pues, los animales alzados, toros pujantes y bravíos que se plantan ante jinetes y carretas, no habiendo otro remedio que bolearlos para abrirse paso. La lámina de estas reses mojeñas evoca la de los toros jarameños y andaluces de nuestras dehesas ganaderas.

Y no se crea que este alzamiento del ganado haya coincidido con la expulsión de los jesuitas: existía en tiempo de las Misiones, como se insinuó al hablar de los curas sacadores y deseadores. De aquí que los indios

de Mojós se hayan habituado á todos los lanceos del toreo, á fuerza de luchar con el ganado en pampas y corrales. No solamente enlazan admirablemente al toro, sino que hacen aquellas lindezas á que nos tienen acostumbrados los toreros gimnastas de las Landas y nuestros capeadores, con un sencillito cuero á modo de capote, hasta que cansado el animal se acercan á él y lo derriban tomándole de las astas.

Les he visto hacer una suerte que para estos indios no es habilidad, sino cosa del oficio: montar un novillo para acostumbrarle á la silla. Á este fin enlazan uno de pocos años y le derriban; le perforan la nariz, por la que atraviesan una anilla con una soguita, á manera de rienda, y cabalgando rápidamente al tiempo que le desligan, se aguantan con raro vigor y equilibrio, á pesar de los saltos y corcoveos del bicho, que á los pocos ensayos se deja montar y gobernar, relegándose entonces á la humillante condición de buey-caballo ó cabestrillo.

El ganado mojeño es muy corpulento, pero su carne deja mucho que desear á los estómagos europeos. No tiene la sustancia ni los elementos nutritivos de la carne bovina de otros países, deficiencia originada tal vez de la calidad de los pastos, de la incuria en que se cria el ganado y del rápido desarrollo de los animales, tanto que á los dos años una ternera está paridera. Hay, además, en Mojós un bejuco, el *cutuqui*, de un hedor insuperable que se comunica á la res que lo come, inficionando la carne. Así sucede que de entre una

tropa de vacunos no se puede carnear en ocasiones ninguno, porque todos huelen á ajo-olor al que más se parece el del cutuqui.

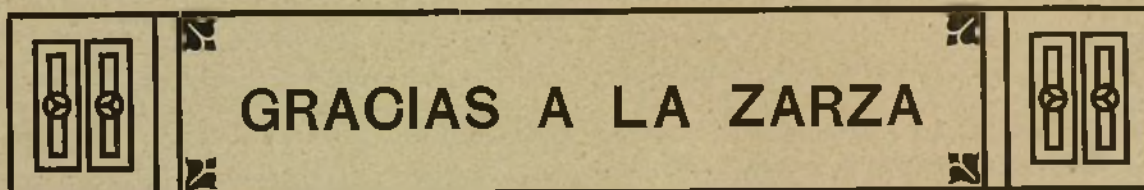
En los demás casos la carne de los toros alzados se asemeja en gusto á la del tapir ó anta.

El ganado mojeño se exporta á Chiquitos y á las barracas del Beni, arreándole en tropas ó exportándole disecado en forma de tasajo ó charque. Un animal vacuno da por término medio de tres á cinco arrobas de charque y diez arrobas de grasa. El valor de una res gorda y mansa no pasa de 8 pesos febles ó 6 bolivianos con 40 céntimos (unos 3 duros).

Hago hincapié en que la res sea gorda y mansa, porque la mayor parte de los ganaderos ricos ni saben el ganado que tienen, por lo que dan de balde al comprador las reses cimarronas, sin más que á prorrato, *una por otra*; es decir, que el comprador agarra todas las que puede, repartiéndolas por mitad con el dueño de la vacada, el cual todavía sale beneficiado, porque faltándole medios de recobrar sus animales y de *marcar* las pariciones nuevas, viene á encontrarse con la mitad de lo que tenía perdido.

Esta es la razón por que el viajero en Mojós mata una res en campo abierto, únicamente para comer un asado y á veces para cortar lonjas de cuero, dejando el sobrante á los gallinazos. Esto se hace tan á mansalva, que si por acaso el dueño sorprende la carneada, se le convida al asado y queda contento y hasta agradecido.

CIRO BAYO.



La del alba sería
cuando un viejo baturro dirigía
las yuntas al trabajo,
marchando por el Ebro río abajo.

El baturro, imprudente,
sin mirar que era brava la corriente
y muy pocas sus fuerzas corporales,
quiso saltar por unos barrizales.

La faja se arregló, tomó carrera,
y dijo, con fervor, de esta manera:
—¡Ayúdame, Dios mío!—
pero al ir á saltar se cayó al río.

El auxilio divino reclamaba
y ya pensó el baturro que se ahogaba,

cuando, por coincidencias misteriosas,
tendió una zarza sus hebras espinosas.

Se asió de tal manera,
que ganó la ribera,
y repuesto del susto así exclamaba
mientras junto á la zarza se postraba:
—Gracias. ¡Oh zarza! á ti debo la vida,
que la intención de Dios fué conocida.—

¡Cuántos casos habrá tan parecidos
que al implorar piedad los desvalidos,
á la zarza se adora
y no á la Providencia salvadora!

UN POLLO IGUALÓN



JUNTO Á LA HOGUERA

— SARA —

(Por Don Ricardo Ortiz de Zugastí.)

I

Sara ó Sarito, que con cualquiera de estos dos nombres se la conocía mucho en todos los mundos, en el elegante y en el que pasa por no serlo, era una mala persona, sencillamente una perdida. Tan de poca alma, medidora y calculista corazón adentro, como insinuante, dulce y espléndida á flor de piel. Sin embargo, tenía una buena cualidad. Su obsesión de exprimir á sus encantados no consentía que se fuesen arruinando con lentitud. Era cuestión de meses lo que sus manos finas y magas en la caricia precisaban para convertir en yermo las doradas cosechas de un banquero desaprensivo. Eso decía la fama, la fama trompetera que tantas cosas dice; después, vaya uno á saber...

Yo no sé en dónde la conocí; recuerdo que simpatizamos mucho una noche de estío; fué en un teatrillo de *variétés* situado en las afueras de Madrid. El tinglado se alzaba con modesta coquetería en uno de los ángulos del improvisado jardín. Por entre el enteco ramaje de los árboles, globulillos venecianos ofrecían sus inquietas luminarias de verbena,

que se recortaban vigorosas en la oscuridad impuesta por la sesión del cine. Y empezó la proyección de las cintas con las variantes de su monotonía enervante; la mágica visión de un reinado inverosímil donde figuras espléndidamente ataviadas con mantos de púrpura se extinguen en el seno de un fuego fatuo, precisamente en el punto más culminante de la trama, ó se hunden malditas en las fauces de mil diablos furibundos que antes fueran princesitas de fábula blancas y rutilantes, ciñendo sus cuerpos exquisitos en tenues peplos de luz.

Mas cuando se iniciaron las aventuras de un señor obeso que todo lo atropella en su correría, creí llegado el momento de levantarme, y afrontando el avance entre las filas decuriosos, me propuse visitar el restaurant. El intervalo que produce la exposición de las películas es el descanso que aprovechan las artistas. Allí estaría Sarito; aparte de que si yo no había ido aquella noche expresamente por verla, ó así quería pensarlo, me resolví para fabricar un encuentro casual. ¡Cuántas veces se organiza el horario de todo un día por uno de estos momentos!... La buscaré sin que lo parezca; así, si viene bien, podré acercarme ó no sin peligro del mísero amor propio. Y así pensando, empecé á buscarla.

II

Es suave, sedante, la voz de Sara; levemente opaca, las palabras resbalan de sus labios

carnosos ágiles cariciosas, y en desmayada y profana oblación. El doble arco de sus crenchas negras se aventura rebeldé en el gracioso macizo de su cabellera corta. Sabe Sarito que su oficio, si no debe ser de feas, tiene que serlo de alegres. Y alegre está siempre, mas sin esfuerzo. Así, en su rostro aljameño de moreno mate, se dilata franca la roja herida de su boca grana, fulgurando inquietos, parleros, sin rencor, los tonos metálicos de sus ojos grises, habituados á ver desengaños y pasadas, teniendo que estar alegre, alegre como la dorada manzanilla que mojó sus labios, que no habrán de quejarse nunca, escondiendo sus penas tan adentro del alma que no alcancen á reflejarse en la cara; así, al sentirlas, las dirá cantando al desmayo de un aire gitano, y se perderán en el aire con el cortejo de las coplas que se apagan en la noche, viéndolas ir entre francas risas de su boca grana con los tonos metálicos de sus ojos grises que saben mirar sin rencor...

—La encontré sola, sentada junto á una mesa; sola, con Tulipa, que asomaba las orejillas puntiagudas entre la gasa del echarpe.

—Te vi la otra noche y no quisiste saludarme—me dijo Sara.

Y acodándose en el velador, mientras oprimía con los índices la dorada boquilla del khedive, me invitó á sentarme.

—Estaremos poco tiempo, ¿sabes? Yo salgo después de las duetistas. Ya debía de estar me vistiendo; pero el fotógrafo es un pelma, tres noches haciéndome lo mismo... Tenía que ser hombre. Pero me van á sobar poco; tengo una combinación, y si se cumple, me voy pronto á



Barcelona, y de allí me iré á París con la hermana de la Quincito. ¿No te acuerdas de la Quincito? Pues un amigo de ella, un viejo, su viejo, me sacó de todo. Gracias á él, mira—continuó, y me mostraba sus manos de infanta, donde un extravío senil había dejado la os-

tentación de las sortijas.—Es un buen hombre. Á él le debo no deber nada. Cuando venía á verme le llenaba los bolsillos de papeletas. Parece que le estoy oyendo. Haz bondad; nenita, haz bondad, me decía con voz temblona, y las guardaba en su cartera. Una



vez me vió con Álvaro Rey en un coche del Círculo; como Álvaro es así y no se recata de nadie, cuando llegué á casa me dijo la criada que había estado el señor hecho una fiera; en ocho días no quiso verme. Mas le debo ley. Escucha: la vispera de marcharme me sacó las esmeraldas. Vino á verme á casa y me encontró llorando. Yo no sé lo que le pasa al tiempo cuando se le mete en un plazo, parece que corre más. Y ese día vencían. Se iba mi historia; figúrate, se las regalaron á mi madre cuando me perdí. Son mi juventud esas dos gotas de agua verde con sus arillos de oro. Él me las salvó... Conmigo no lo fué nunca, pero debía ser avaro aquel hombre de ojos redondos, rechoncho y calvo, á quien le temblaban mucho las manos cuando me daba dinero.

Nos habíamos quedado solos; en derredor nuestro trajinaba algún mozo recogiendo los servicios de las mesas, y en la laxitud del ambiente morían los ecos del bullicio del teatro, el sonsonete de la orquesta, el sordo arrastre de los tranvías con su tintineo agudo y persistente...

Yo insinué la pregunta. Me interesó aquella historia de las piedras, cuyo fondo amargo me descubría la brutalidad de una frase. Pero Sara, incorporándose bruscamente, quiso despedirse.

—Bueno, hasta otro rato—replicó;—voy á vestirme.

No era muy propio el vocablo. Ella llamaba vestirse á quitarse la ropa, sustituyéndola por un ancho cinturón de orfebrería oriental.

que hacía de su cuerpo, triunfante del pudor de la malla, una cálida flor de serrallo.

—Espero que vendrás á verme y entonces charlaremos más—hubo de añadir.

Y requiriendo á Tulipa, que se había dormido sobre su bolso, se marchó hacia el escenario. Se fué con soberanía; erguida su cabecita de cabellera corta, tocada de amplio chambergó donde un esprit enorme medía el vaivén de sus pasos temblando como la garzota de un cortesano.

Y en torno de su silueta mundana y frívola le pareció que se proyectaba una penumbra verde, como si la vida entera de esa criatura resbalase humilde en dos lágrimas de esmeralda.

III

La Trini fué quien la dió noticia; de buena mañana se presentó en su casa con pretexto de ofrecerle unos mantones de lance, y así, como por incidencia, le disparó la novedad. Los papeles no lo decían todo; pero ella se enteró por su hombre, que era paisano del portero de la casa. Y la mujerona, aparentando un dolor más grande que la satisfacción sentida de apenar á la mujer envidiada, le refirió la tragedia. Parece que Álvaro, la otra noche, en el Casino se jugó lo que no tenía; ya sabía cómo son los hombres cuando se ponen así, y ante el lío que se le venía encima, esta madrugada se encerró en su cuarto y se pegó dos tiros... Una cosa horrible; y lo peor es que dicen que deja á su familia, á siete criaturitas, sin más sostén que su dolor. Sara la escuchó atónita, con los ojos muy abiertos, como si sus pupilas quisieran ensancharse lo bastante para descubrir todas las sombras del cuadro. Estaban las mujeres sentadas una frente de la otra, y en sus manos se plegaba un mantón filipino que la Trini se cuidó de tirar para sí cuando vió lo traspuesta que dejó á su amiga, no fuera que un aspaviento viniera á malograrle la prenda.

Pero la previsión estuvo de más. Los grandes dolores suelen tener la virtud de petrificar al que los sufre; así es que Sara se quedó inmóvil y sus labios no acertaron sino á balbucir alguna incoherencia, como si fuera indiferente á cuanto oía; sólo advirtió una sensación extraña, algo así como si estuviera huyendo de sí misma, en tanto que la figura de Trini se iba borrando ante sus ojos, enturbiándose la torpe placidez de su cara grande y satisfecha; lo mismo le pasó con los muebles, con los retratos, que le brindaban una

sonrisa eterna y cruel, con la casa, que se le hundía gravitando en las sienes; se marchaba, se borraba todo, hasta agotarse ella misma, y escondiéndose la cara entre las manos lloró convulsa, vencida, con fe, como si pretendiera arrastrar su pena en el curso de un llanto definitivo y sobrehumano donde quedase flotando su alma afligida, como algo inútil que se abandona y se desecha.

La Trini quedó junto á ella requiriéndola con mimo, con suavidad, para que se recombrase. No era cosa... Mas reconociendo al cabo que allí no podía hacer nada, se puso triste también, y después de doblar con gran amor en ancho pañolón de hierbas las cosas de vender, se marchó suspirando:

—¡Ay qué Dios, y tanta gente de mal que estorba por el mundo!...

IV

Mientras la criada volvía de hacer los encargos, Sara se vistió como pudo y era del caso, una falda negra plisada; el cuerpo no importaba: lo taparía el gabán de pieles; cubrióse con un velillo de tul y anduvo buscando unos guantes negros. Cuando se miró al espejo se pareció otra. El duelo de su alma proyectábase en su rostro con dulce abandono, dándole aspecto de una pobre huérfana camino del obrador con su velillo de tul, como fué ella en días pretéritos, llenos de escasez y que añoraba hoy; pero aventó los recuerdos un fuerte campanillazo que le hizo marchar presurosa á franquear la puerta.

Era Vicenta tornando de los mandados. Las dos mujeres entraron en la alcoba y Sara interrogó con interés:

—¿Hiciste todo? ¿Á qué hora es el entierro?

—Dentro de poco, á las cinco—y prosiguió.

—Verá la señorita: me dijo don Florentino que por los zarcillos y el collar no podía dar más arriba de dos mil pesetas, porque las piedras no eran del todo buenas; pero que por las esmeraldas le daría tres mil, y eso vendido, porque está todo ahora muy pésimo y nadie quiere comprar.

Sara retuvo unos instantes las joyas entre sus manos pálidas y frías. Las examinó despacio con apacible mirar. Eran su juventud y estaban destinadas á defender su vejez; su negra vejez, que la arrinconaría en un suburbio, donde no sonarían jamás ecos de palabras amigas. De pronto resolvió:

—¿Dices que por todo cinco mil pesetas?...

—Eso me dijo.

—Bueno, está bien; las llevaré yo misma.

Las guardó en su bolsa de piel envueltas en un pañuelo y se dispuso á salir. Cuando llegó á la puerta, Vicenta la detuvo:

—Déjeme para la cena.

—Ponlo tú y mañana haremos cuentas.—Y marchó escaleras abajo.

La Vicenta quedó rezongando:

—Mañana, mañana, y así todos los días. Estas suripantas nunca aprenderán. ¡Carne mal-dita, mira ahora con lo que sale!...

V

Cuando Sara se encontró en la calle sintió la ráfaga de vida de una espléndida tarde de otoño apacible y diáfana que acarició sus sienes encendidas por la fiebre. Se dirigió en un coche hasta la tienda de aquel truhán de don Florentino, donde á cambio de los billetes le dejó las alhajas.

Lo hizo todo sin mirarle á la cara, segura de sorprender sus ojillos de israelita, encarándose por cima de la dorada armazón de los lentes, con los brazos en alto para gozar el espectáculo de su presa, afanándola al tras-luz donde las piedras florecerían en cambian-tes mágicos de suave matiz.

Ella, á su vez, quiso contar y remirar los billetes antes de aceptarlos para significarle su desconfianza. Al salir dió unas señas al co-choero, las de la casa de Álvaro Rey. De cami-no fué pensando en lo que había de hacer; en tanto guardó las 5.000 pesetas en un sobre, lo cerró con cuidado y luego, torpemente con los vaivenes del coche, escribió con lápiz, para la señora de D. Álvaro Rey. Y no escri-bió más. Había que guardar el incógnito: de

las mujeres como ella no es lícito aceptar ni el bien. Después quedó meditando: si al me-nos me lo dejaran ver... aunque fuera detrás de una puerta, escondida como un ladrón. Hasta llegar á la casa fué alentada, animosa, resuelta; al pisar el zaguán advirtió una me-sita sustentando una bandeja con tarjetas y cartas. Y allí dejó la suya como una carta más. Luego, tímidamente, empezó á subir la escalera hasta ascender á uno de los últimos pisos.

No tuvo que llamar, la puerta estaba entor-nada y empujó con suavidad; dió un paso re-celoso llena de incertidumbre y salió á su en-cuentro un señor enlutado, en quien Sara cre-yó reconocer á uno de los amigos de Álvaro.

—Caballero—musitó con humildad,—¿quie-re permitirme entrar un momento? Quisiera verle un momento antes de que se lo lleven.

Aquel señor se la quedó mirando, ceñudo, con gran contrariedad al advertir su condi-ción y oír la súplica.

—Aquí no puede pasar nadie, ¿sabe usted? Ha debido decírselo al portero.

Y avanzó para cerrar la puerta, obligando á la recién llegada á dar un paso hacia atrás hasta quedar fuera del marco de ella. Y aña-dió al tiempo de cerrar de golpe:

—Y gracias que topó conmigo. ¡Cuidado con lo ventilada que es esta gente!...

Sara, llena de rubor, como quien fué sor-prendido en una mala acción, bajó mecánica-mente la escalera, humillada, con la cabeza abatida mirando al suelo. Y así llegó á la calle, y calle abajo fué perdiéndose lentamente su perfil en el crepúsculo de la tarde otoñal, que lucía manchas rojizas en la lejanía azu-lada donde con indolencia se acuesta el sol.

Manuel del Real

LA ANGUILA

Pez algo parecido á la culebra, que suele te-ner hasta más de una vara de largo, de cuerpo cilíndrico y en la cola ó parte superior apla-nado, y está todo cubierto de una sustancia viscosa que lo hace sumamente escurridizo.

Es de la familia de los *murenidos* ó *anguilli-*

dos, grupo de los *ápodos* y orden de los *fisós-tomos*.

Las anguilas se encuentran en casi todos los ríos de Europa, especialmente en aquellos en que las aguas son muy profundas y el fondo cenagoso.

Son animales viajeros que á veces recorren grandes distancias, y visitan hasta aquellas aguas que están en condiciones contrarias á las que necesitan.

Pasan el invierno dormidas dentro del cieno, y al llegar la primavera comienzan para ellas la vida veraniega.

Nadan con gran rapidez y culebreando en las diferentes capas del agua; se deslizan con admirable destreza por huecos y aun por cañerías.

Se alimentan de gusanos, crustáceos, pececillos y ranas, y, según se asegura, comen también carnes muertas. Su voracidad es muy grande, pero no su rapacidad por impedírselo la pequenez de su boca.

Siempre respiran aire, lo cual les permite vivir fuera del agua uno ó dos días.

El desove de las anguilas no ha podido aún estudiarse con el necesario detenimiento; se supone que éste tiene lugar en el mar y que lo verifica poco después de terminar la excursión que hacia él emprenden todos los años por otoño.

Estas excursiones tienen lugar desde Octubre á Diciembre y escogen las noches oscuras y borrascosas con preferencia.

Todos los años, á principio de primavera se ven dirigirse desde el mar á los ríos y remontarlos, grandísimas bandadas de anguilas muy pequeñas, parecidas á gusanos por su tamaño.

Su vitalidad es tan grande, que cuando la nutria la tritura la cabeza, si logra caer al agua, nada y corre con la misma facilidad que antes de la decapitación.

Su carne es muy delicada y de sabor exquisito.

El río de España en que más abunda es el Tajo.

La anguila proporciona á la industria grandes utilidades: por eso se las cría artificialmente, y en todas las edades pueden trasladarse á grandes distancias á causa de la disposición especial de los repliegues que forma su piel junto á las branquias, que la permiten tener estas húmedas durante mucho tiempo.

El transporte de las anguilas grandes cuando la distancia no es muy considerable, se efectúa en sacos húmedos ó en cestos planos con hierbas frescas.



VIAJE SUSPENDIDO

COMPAÑERO ENFERMO

Nuestro querido compañero el Vicepresidente primero de la Asociación General de Cazadores y Pescadores de España, que se encontraba realizando un viaje de propaganda por varias provincias de España, costeado de su bolsillo particular y por propia iniciativa, ha sufrido una agravación en la dolencia que hace algún tiempo padecía.

Hallábase escribiendo sus impresiones para publicarlas en CAZA Y PESCA, cuando fué acometido de un síncope que puso en peligro su vida.

Repuesto algún tanto, fué trasladado con todo género de prevenciones desde la provincia de Álava, donde últimamente se encontraba, á Madrid.

Hacemos fervientes votos por que nuestro ilustre compañero y entrañable amigo vuelva á recobrar la salud perdida á fuerza de entusiasmos é incesantes trabajos en bien de los cazadores.



GUARDERÍA ILEGAL

Nunca creí que el modesto escrito mío publicado en los números 78 y 79 de CAZA Y PESCA pudiera dar motivo á una réplica tan violenta como la que se insertó con el título de «Guardería perfectamente legal».

He sido bárbaramente atropellado en mi derecho por dos individuos que se decían guardas: el uno, á pesar de llevar las insignias de tal, no llevaba credencial alguna, y el otro, la que tenía no se ajustaba á lo que disponen las leyes.

Por eso yo, que soy muy respetuoso con la autoridad cuando ésta está constituida legalmente, protesto de los que la ejercen indebidamente y quiero evitar para lo sucesivo un nuevo atropello.

Los argumentos que empleé en mi artículo están sacados de textos escritos en español, y para que sepan éstos á qué atenerse en sus actos no tengo por ahora necesidad de estudiar leyes *chinas*, ni de leer *Las mil y una noches*. Como habrá comprendido aunque otra cosa diga el autor de la réplica, he leído toda la legislación que se refiere á guardería, y no he encontrado nada que autorice á las Sociedades que tengan por objeto fines distintos que ejercer el derecho de cazar, es decir, aprovecharse de la caza y por medios legales de los terrenos vedados destinados á la cría de caza, para tener guardas.

Esta opinión no es exclusivamente mía, pues á personas versadas en leyes he expuesto mis ideas y su fundamento y las han encontrado conformes á la legislación española actual.

Estoy por creer que el *replicante* piensa como yo en el asunto, pero circunstancias de momento le obligan á decir lo contrario.

Á pesar de que mi opinión sobre los *guardas ilegales* la creía cierta, acudí por escrito á consultar á la persona más autorizada en la materia, ó sea el actual Ministro de Gracia y Justicia, autor del Reglamento de la ley de Caza, y por consiguiente del famoso artículo 57 del mismo, en donde se fundan los nombramientos de los guardas, firmados por los Gobernadores civiles. Este señor, con una amabilidad que le agradeceré toda mi vida, me contestó en nota que acompañaba un atento B. L. M. Esta nota, copiada al pie de la letra, dice lo siguiente:

«El art. 30 de la ley de Caza dispone que los propietarios ó arrendatarios de los sitios vedados destinados á cría de caza pueden nombrar guardas jurados, y el art. 55 del Reglamento determina sus condiciones, y el art. 57 determina que para el ejercicio del derecho de cazar pueden constituirse Sociedades, teniendo sus Juntas á su cargo el nombramiento de guardas jurados. Es, pues, evidente que toda Sociedad que no sea para el ejercicio del derecho de cazar no le asiste la facultad de nombrar guardas jurados, aunque sus fines sean los de cumplir la ley de Caza, porque se supone que las primeras, en relación con lo dispuesto en el art. 30 de la ley, se constituyen como propietarias ó arrendatarias de fincas declaradas cotos ó vedados de caza.

Los términos municipales á que se refiere el art. 57 del Reglamento son los que en cada provincia determina la ley Municipal vigente.»

Esto es lo que escribió el entonces Ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras públicas, y creo que este excelentísimo señor sabrá lo que dice, y no hay más remedio que aceptar su opinión en la materia.

Mientras no se me cite una disposición aprobada por las Cortes y con fecha posterior al 16 de Mayo de 1902, y firmada por el Rey, que diga: «Siendo insuficientes los servicios que prestan la Guardia civil, los guardas forestales, los guardas municipales y los guardas jurados particulares para hacer cumplir las leyes de Caza, Pesca é intereses agrícolas, autorizamos á todas las Sociedades formadas por cazadores, pescadores y agricultores para que puedan nombrar guardas que hagan cumplir las leyes antes mencionadas.»

Mientras no se me saque á relucir ese texto, sólo los propietarios ó arrendatarios de los sitios vedados destinados á la cría de caza tendrán la facultad de nombrar guardas jurados.

Llamo, pues, la atención del Sr. Ministro de la Gobernación para que resuelva cuanto antes lo que le pido en un escrito mío que tiene en su poder, pues la lentitud que emplea en ello es perjudicial para muchos honrados ciudadanos.

Nada más por hoy, que me despido en la segura creencia de que no se me obligará á tomar la pluma sobre este asunto.

A. M. B.



LOS EXPLORADORES Y LA GUERRA

Cartas recibidas de Bayona y Biarritz nos dan cuenta de la ejemplar conducta que, con motivo de la guerra, están observando los exploradores franceses, cuyos valiosos servicios han sido utilizados por el Gobierno desde el primer día.

Esos entusiastas niños, de ocho, diez, doce y catorce años, admirablemente disciplinados

y poseídos de un patriotismo alentador, han sustituido en numerosos puntos á los carteros y á los repartidores de telegramas, y son unos auxiliares eficacísimos en los puestos de la Cruz Roja. En todas partes se les ve dispuestos á realizar cuantas misiones se les confien.

Cuadrados militarmente á las puertas de las ambulancias, cruzando calles y campos en sus bicicletas, dan estos muchachos la impresión de un pequeño ejército perfectamente organizado.

Los exploradores franceses han comenzado además á levantar las cosechas, viéndoseles en los campos, con su sombrero de fieltro y en mangas de camisa, segar entusiasmados, haciendo los haces que ellos mismos llevan á los carros, encargándose de conducirlos, y á veces, cuando éstos son pequeños, arrastrarlos con sus propias fuerzas.

Es hermoso ver su entrada en las aldeas guiando el carro, llevado por borriquillos ó transportado por ellos mismos, mientras que las campesinas, entusiasmadas, les aplauden y bendicen.

También los exploradores españoles han tenido ocasión en estos días de demostrar su patriotismo.

En Irún, los exploradores de aquella ciudad se han encargado de hacer y repartir rancho entre los infelices repatriados.

Es digno de alabanzas el ejemplo de unos niños que comienzan á ser ya útiles á su Patria. Son los hombres de mañana, que sabrán darla días de gloria.



LA MARTA

Las especies del género *Martes* se designan comunmente con el nombre de *Martas*. Son mamíferos que pertenecen al orden de las fieras, familia de las *mustélidas*, sección de las *digitígradas*.

La *Marta* es de cuerpo alargado, cubierto de abundante pelo; patas cortas y robustas, con los dedos separados y armados de fuertes uñas; cabeza pequeña y achatada, con cinco molares en la mandíbula superior y seis

en la inferior á cada lado, y el carnívoros inferior con un pequeño tubérculo interno; cola pelosa, tan larga como la mitad del cuerpo, con glándulas anales.

Se encuentran en Europa, parte del Asia, Norte de América y en Java.

Son todos animales sumamente rapaces, que merced á la forma alargada de su cuerpo aprovechan el más pequeño resquicio para entrar en los corrales y palomares, haciendo grandes destrozos.

Sus sentidos son muy finos, como buen animal cazador, y persigue con facilidad las aves y mamíferos de que se alimenta en libertad.

Viven en los campos, en medio de los bosques, en las granjas, en todas partes en que puedan satisfacer su rapacidad, siendo muy dañinas para el hombre, que las persigue encarnizadamente para evitar sus daños y aprovechar sus pieles, que son muy apreciadas.

Existen muchas especies, entre ellas la *Marta común*, la *Garduña*, la *Marta cebellina*, la del Canadá y la de Java.

La *Marta común* es la más abundante en Europa. Llega á medir unos 0^m,50 de largo y la cola 0^m,30, por una altura de 0^m,25.

Su piel es de color pardo oscuro en el dorso, con la cabeza algo más clara, el hocico amarillo y los lados y vientre del mismo color. Las patas más oscuras y la cola pardoleonada. Su pelo es abundante, suave y sedoso, y los pelos de la cola son muy largos y finos, utilizándose para hacer pinceles. El bigote lo forman cuatro filas de cerdas ó pelos fuertes, rígidos, y existen otros algo más finos en la barba y debajo de los ojos.

El pelo de invierno es más oscuro que el de verano, y las hembras y los jóvenes lo presentan más claro que los adultos.

Generalmente, la *Marta* es nocturna ó cuando menos crepuscular, y de día permanece retirada en su escondrijo en los huecos de los árboles, ó tranquilamente echada en las gruesas ramas de éstos.

Su agilidad y astucia la permiten perseguir y coger multitud de animales: la liebre, la ardilla, los pájaros y sus nidos, los faisanes, perdices, conejos y sus crías y á los pequeños roedores.

También frecuenta las orillas de los arroyos y lagunas.

Se la persigue con verdadero afán, ya con perros ó al acecho, con trampas y lazos.

Se las pone cebos con estricnina, como un pedazo de pan frotado con ajo para que su olor las atraiga, ó tostadas de manteca ó miel.

En Febrero entran en celo, y los machos por las noches se disputan en frecuentes combates la posesión de las hembras. Unas nueve semanas después la hembra pare tres ó cuatro pequeños, que cuida con esmero haciéndoles un nido ó aprovechando el de una ardilla ó gavián, y no los abandona. Cuando ya son ágiles, les acompaña y enseña á correr y á cazar por los árboles.

Alcanzan unos diez años de vida.

Se domestican con relativa facilidad.

Para matar su presa no la degüella mordiendo sus carótidas, sino que la ahoga triturrándole los huesos del cuello, y cuando sale sangre de la herida no la chupa, sino que la lame con avidez.

DE PESCA



La pesca del bou.

El Alcalde reunió á los dueños de las parejas dedicadas á la pesca del bou que navegan por vapor y á los pescadores que lo hacen á la vela,

para tratar de la huelga con que estos últimos han amenazado.

La discusión entre los interesados fué muy laboriosa, consiguiéndose llegar á la siguiente solución:

Las parejas movidas por vapor continuarán la pesca, pero fuera del radio de acción en que lo hacen las parejas de vela, y el año próximo los dueños de las embarcaciones de vapor las venderán á la Sociedad de la Marina auxiliante.

Una vez firmado el contrato, se reanudaron los preparativos para que zarpen las embarcaciones de madrugada.

Redes antirreglamentarias.

Muchos pescadores de Villajoyosa venían utilizando redes antirreglamentarias para la pesca.

Las autoridades de Marina han prohibido terminantemente la pesca con dichas redes.

El hecho ha producido general disgusto en el pueblo, y se está organizando una manifestación para solicitar que durante algún

tiempo se permita la pesca con esas redes, atendiendo al gran número de hombres llegados de Francia.

El Gobernador civil ha celebrado una detenida conferencia con el comandante de Marina tratando de este asunto.



TIRO DE PICHÓN

«Relampaguito», vencedor.

Después de sus últimos triunfos como matador de toros, el espada Julio Gómez, *Relampaguito*, acaba de obtener otro en el Tiro de pichón de Almería, también de resonancia.

Relampaguito, que es un gran tirador, obtuvo en el Tiro de pichón la copa del Infante D. Carlos.

En las tiradas ha conseguido el mayor triunfo.

El campeonato de Almería se le disputaban 18 tiradores.

Á la décimaquinta vuelta llegaron D. Esteban Jiménez, D. E. Nieto, D. Francisco Clemente y D. Julio Gómez, *Relampaguito*.

En el pájaro 18 erró el Sr. Clemente; en el 17, el Sr. Nieto, y en el 19, el Sr. Jiménez.

Relampaguito fué felicísimo por su triunfo.



DE AVIACIÓN

EL GLOBO "SIRIO,"

En Illescas descendió gallardamente el globo militar *Sirio*, pilotado por el capitán de Ingenieros D. Sixto Pou, llevando en calidad de pasajeros á los tenientes del mismo Cuerpo Sres. Reixa y Buendía; de Caballería, señor Olea, y de Infantería, Sr. Moreno Abellar, ayudante de S. A. R. el Infante D. Alfonso.

Los intrépidos viajeros habían salido del Parque del Real Aero-Club, y permanecieron entre cielo y tierra durante ocho horas y media, hasta que después de haber pasado sobre Mérida y Navalcarnero, el cambio de viento los llevó en dirección de Illescas, donde tomaron tierra, obteniendo simpática acogida del vecindario.

Presentáronse solícitos en el lugar del aterrizaje, y prestaron inestimable concurso al bizarro aeronauta y á sus distinguidos acompañantes, el cabo de la Guardia civil D. Servando Díaz y el guardia D. Nicolás Salinas.

Después del descenso, el capitán Pou soltó seis palomas mensajeras, tres de ellas con un oficio cada una.

PALOMA MENSAJERA

En términos de Nerva (provincia de Huelva) ha sido muerta por el célebre tirador de aquella región, D. Millán Romero, una paloma mensajera. En una de sus patas tenía sujeto un anillo de plata con la siguiente inscripción: Madrid 20/9/1902.

Servicios de la Guardia civil

Los guardias Esteban López de Frutos, Pascual Plaza Crespo, Juan Ballesteros Berenguér y Agapito Carrasco Refolio, de la línea de El Pardo, han detenido y puesto á disposición del Juzgado á los vecinos de Alcobendas Manuel Valdemoro Baena y Tomás Díaz Agnado por infringir la ley de Caza.

SIGAN ADELANTE

Las cazadores de Zamora están de enhorabuena: han comprendido que es de necesidad absoluta el asociarse, y á ese fin trabajan con fe varios entusiastas cazadores, entre ellos el infatigable compañero D. Gerardo de Castro Galar.

Como labor preliminar se han reunido veinte devotos de San Eustaquio, para arrendar un monte que inauguraron el día 1.º del actual, teniendo el honor de ser acompañados en aquella primera excursión por el señor Gobernador de la provincia y su hijo, los cuales realizaron certeros disparos que merecieron los elogios de sus compañeros de excursión.

Las piezas cobradas en el citado día fueron 303 conejos, 23 perdices y un buho.

Nuestra más cordial enhorabuena.

Servicios de los guardas de nuestra Delegación

EN CARTAGENA

Por los guardas jurados de esta Delegación de Cartagena, D. José Miguel Fajardo y don Juan Marcelino Martínez, han sido denunciados al Juzgado: Joaquín Torres Balanza, Antonio Sánchez Barba, Félix Muñoz Ventaja, Ginés Picazo y otro, siéndoles ocupadas tres escopetas.

Dichos individuos cazaban en época de veda.

NOTICIAS

Ha fallecido en esta corte D. Luis Salces Balboa, hermano de nuestro estimado compañero D. Antonio, á cuyo dolor y al de su distinguida familia nos asociamos con todo fervor.

Notas de caza, está próxima á agotarse la primera edición de tan notable libro, cuyo autor es el entusiasta aficionado D. Francisco Bru. Por lo interesante, ameno é instructivo debe figurar en la biblioteca de todos nuestros lectores.

Los que deseen adquirirlo pueden dirigirse á la Administración de esta revista, que los facilita al precio de 2 pesetas; nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por el capitán de la Guardia Civil D. Agustín Alvarez Navarro. Tercera edición.

De venta en la Administración de esta revista. Precio, 1,50 pesetas; nuestros lectores de provincias enviarán 30 céntimos más para franqueo y certificado.

Imprenta de Jaime Retés, plaza de San Javier, 6.